



LA CHAPUZA NACIONAL

JUAN CUETO

HARA cosa de tres años, en un memorable artículo periodístico, Julio Caro Baroja proponía como hipótesis de trabajo la interpretación cochambrosa de la historia del país; deseando que la misma se viniera a unir a otras interpretaciones, con fama, como la materialista, o el montón de aquellas otras de similar grosor producidas por figuras más o menos decimonónicas: Ganivet, Valera, Menéndez y Pelayo, Unamuno, Menéndez y Pidal, Ortega, Sánchez Albornoz, Madariaga, Américo Castro, Marañón... No sólo le parecía posible a don Julio seguir el hilo de la historia a la luz del concepto fundamental de cochambre, término tan castizo, sino que ofrecía como muestra una serie de acontecimientos españoles que, vistos desde el catalejo cochambroso, adquiriría ricas significaciones. «También la observación de la cochambre actual —escribía— nos da una línea de investigación, que la une a la de 1898, a la fernandina, a la del siglo XVII. Contamos con datos para saber cómo era la cochambre en tiempos de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V. Podemos hacer una interpretación cochambrosa de aquellos gloriosos reinados y preparar serios estudios doctrinales sobre *La cochambre en la Celestina* o *La cochambre en el Quijote*.» Pocos hechos decisivos de nuestro pasado quedarían fuera de la tutela de la cochambridad. La mística, la picaresca, los procesos inquisitoriales, las cuentas de la Real Hacienda, las sátiras políticas, los desastres militares sucesivos o las incesantes crisis políticas y económicas del siglo, podrían estudiarse sin graves problemas de conciencia nacional en función de esta sugerente teoría cochambrosa de la historia.

LA CHAPUZA NACIONAL

Lamentablemente, la seductora y revolucionaria propuesta del antropólogo de Vera de Bidasoa cayó en el olvido, y los profesionales del género famoso «España como problema» han preferido seguir llorando los males de la patria —los enumerados por don Lucas Mallada y algunos más— desde las prestigiosas tradiciones agoreras del «no tenemos remedio», «me duelo esto», «apaga y vámonos» y otras célebres retóricas decadentistas. Retóricas, dicho sea de paso, ciertamente cochambrosas en la metodología, incluso en el estilo, pero provistas de una lamentable *patafísica* a poco que rasquemos en la superficie de esas nuevas versiones subtituladas del popular sentimiento trágico de la vida española que diariamente y desde hace tres siglos, con ejemplar insistencia que no viene a cuento, intentan sobresaltar al personal para que la industria del pesimismo no decaiga y la disuasión civil prosiga su larga marcha triunfal. Que eso son tradiciones con solera y flojera mental.

La cochambre del carácter nacional

Pero es lógico que así haya sido. A fin de cuentas, la interpretación sugerida por Caro Baroja, además de no desdeñar el sentido del humor, atentaba directamente contra los fundamentos sagrados de las sucesivas, innumerables, metodologías decadentistas que han tiranizado el hipermercado de las teorías dominantes de nuestra historia, desde aquellos lejanos ayes de Juan Ginés de Sepúlveda hasta el previsible derrotismo del editorial de mañana por la mañana. Hay que admitir que la brillante hipótesis de trabajo de Caro Baroja no resultó lo suficientemente desgarradora y patética para el gusto nacional. Para que aquí se ponga de moda una interpretación de la historia particular, al margen de su verosimilitud, empiria o ingenio, es normativo que no ose transgredir la vasta tradición del pesimismo patrio; religión profesada con igual fervor por afrancesados y casticistas, conservadores y progresistas, providencialistas y deterministas, gentes de orden y políticos de izquierda, ultramontanos y regeneracionistas. No creo ni mucho ni poco en los hechos diferenciales, pero como a lo largo de los siglos a los españoles razonantes les ha dado por insistir machaconamente que lo nuestro es lo trágico, la postración, el



adiós Madrid, el alma doliente y otras tontologías por el estilo, mucho me temo que el dichoso «rasgo psicológico» empiece a funcionar como si se tratara de un verdadero «hecho científico». Lo cual quiere decir que sólo si la nueva teoría histórica se emite desde la idea de una lejana decadencia uniformemente acelerada, y se emite además con gesto de honda amargura irremediable, tendrá posibilidades de triunfar.

Y como se comprenderá, la idea de cochambre es demasiado demoledora, escasamente favorable para con el intocable mito del *carácter nacional* y, por si esto fuera poco, provoca la ironía inmediata para con esas graves industrias del ser, el quién y el no sé qué de los españoles, que por estos pagos misteriosos han llegado a ser estimadas como paradigma cultural. O negocio editorial, que viene a ser lo mismo.

Se hace necesario, por consiguiente, encontrar otra idea tan gráfica, alegre, sencilla y corrosiva como la de cochambre; que sea capaz de interpretar de arriba abajo nuestra historia, pero que no levante sospechas. Y no sólo porque desde hace mucho tiempo, acaso desde el confuso asunto aquel de Madariaga acerca de la honda psicología española, no se han producido teorías nuevas, sino porque ya empieza a detectarse una especie de *revival* de aquellas metáforas literarias con pretensiones generalizadas —totalizantes— que brotaron como

champions a finales y principios de siglo, a modo de consoladores más o menos cochambrosos de la secular angustia por la decadencia. O inventamos sin perder más tiempo una filosofía barata de la historia, que compita en régimen de mercado con las tradicionales hipótesis *patafísicas* o mucho me temo que la absurda salud pesimista que en estos momentos disfrutamos haga resurgir aquella sarta de espeluznantes interpretaciones agraristas del porqué y el cómo de esto. Porque así entendí yo la divertida propuesta de Caro Baroja de elevar la cochambre a categoría histórica privilegiada: como sagaz manera de impedir en tiempos tan canovistas como los actuales la resurrección de las viejas ofertas del «¡ay, España!», llámense *misticismo* de Ganivet, *fisiografismo* de Mallada, *germanismo* o *austracismo* de Picavea, *quijotismo* de Unamuno, *genio católico* de Menéndez y Pelayo, *covadonguismo* de Sánchez Albornoz, *castellanismo vertebrador* de Ortega o *hispanidad racial* de Macztu.

Urge hacer algo para evitar que este insupportable vacío de poder —me refiero aquí al terrible poder metafórico de la historia— provoque un golpismo de hipótesis decimonónicas que nos puede dejar consternados hasta la mayoría de edad de los nacidos el año de los Mundiales. Tampoco nada heroico ni genial, algo tan simple, por ejemplo, como el ajuste de cuentas de Cambó al pesimismo intolerable de Cánovas en cierta conferencia altamente higiénica (*El pesimismo español*, Madrid, 1917), cuya lectura debería ser texto de cabecera para nuestros actuales políticos y periodistas hiperestésicos.

Ni oficio de la historia ni arte de la prehistoria

La idea de chapuza, pongamos por caso. Postular como interpretación de recambio la constante histórica de la chapucería nacional. Ya estoy viendo los escaparates de la patria mía: *La chapuza, un enigma histórico*, *En torno al casticismo chapucero*, *La realidad histórica de la chapuza*, *La chapuza invertida*, *Idearium chapucero*, *Sobre el ser y el quién de los chapuceros*, *Me duele la chapuza*, *Historia mágica de la chapuza*, *Lo que queda de la chapuza*, *La chapuza necesaria*, *Estado de chapuza y chapuza de Estado*. Lo que se quiera. No hay asunto histórico o problema de actua-

lidad «rabiosa» que de entrada rechaza la penetración chapucera.

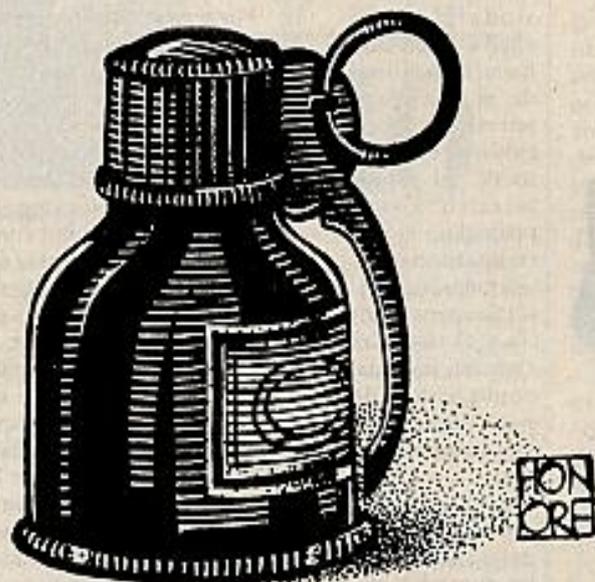
Frente a la sin duda más noble y sólida idea de cochambre de Caro Baroja, ésta de chapuza posee algunas ventajas nada desdeñables a la hora de competir ferozmente con el resto de las grandes interpretaciones fantásticas urdidas en los tres últimos siglos como consecuencia de este pertinaz estado de angustia por la decadencia patria. Es necesario reconocer, en primer lugar, que si bien no todo ha sido cochambre en nuestra historia, casi gada escapa a la tutela moral de la chapuza. Después está el apabullante casticismo que emana del término, a prueba de academias del bien decir, libros de estilo, puristas a la violeta y otros fielatos ideológicos de la lengua. Aunque la voz proceda del antiguo francés dialectal (*chapolis*: «tajo, pedazo de madera grueso, asentado al suelo o sobre una mesa, que se emplea en el trabajo del tonelero, etc.») muy pronto su uso se extendió en España, y sólo aquí, a lo moral y a lo abstracto. Surgió espontáneamente, popularmente, como vocablo único para nombrar la obra mal hecha, realizada con poco esmero, desaliñada, tosca, inacabada, provisional, etcétera. Por extensión, se aplicó también a los trabajos escasamente profesionales que se hacen libremente fuera de las horas de jornal. El caso es que la voz cobró desde antiguo un sentido genuinamente nacional, incapaz de ser reflejado con idéntica precisión por cualquier otra lengua civilizada, a pesar del parentesco en tercer grado, en tercera acepción, con el

famoso *bricolage* francés. Oficialmente y desde 1721, *chapucero* es el tipo que «hace las obras sin arte ni método, y las forma o remienda con fealdad y descompostura» (*Diccionario de Autoridades*). Mucho más que el *imperitus faber*, como es evidente.

Por ese lado no hay problemas, que hasta sabemos de la existencia en el Madrid de finales del siglo XVII de un Gremio de Chapuceros, separado del gremio de los Herreros y de los Carpinteros. No hacen falta muchas entendederas filológicas o psicoanalíticas para saber que cuando un pueblo produce de la nada y usa masiva, espontáneamente, una palabra de tal calibre semántico es que la realidad flotaba en el aire de lo cotidiano a la espera de un nombre. Que esta vez fue primero la cosa que el nombre de la cosa, con permiso de los discípulos numerosos de Cratilo.

Pero hay más. Está el asunto de la espléndida intraducibilidad de la chapuza. No hay vocablo en el mundo que se haya molestado en expresar la muy compleja idea de chapucería, esa difícil cualidad entre farfullera e ingeniosa, a veces catastrófica y otras genialoide; obra hecha deprisa y corriendo para salir del

paso, pero que en ocasiones logra resistir el paso de los siglos, a caballo entre lo improvisado y la tradición, que no se sabe muy bien si pertenece a los oficios de la historia o a las artes de la prehistoria. Una actividad que ni es ocio ni es negocio, ni lógica ni mágica, ni del todo peyorativa ni, claro es, favorecedora; que no pertenece al infierno del caos aunque tampoco al imperio del orden. Una cualidad humana, en fin, intraducible, que sólo tiene forma rotunda en lengua española, y digo yo que por algo muy nuestro será este privilegio/desgracia.



Me duele la chapuza

Pasado el examen de lo castizo y superada la reválida del inexcusable mito del carácter nacional por irrefutables procedimientos filológicos (qué más diferencialismo que el de la lengua) nos queda el grave doctorado del pesimismo. Tampoco desde esta perspectiva parecen existir graves problemas. Basta incorporar cínicamente la idea alegre de chapuza a la desmesurada y lacrimógena biblioteca que archiva todas las tristes ideas que han intentado explicar la decadencia española, desde el citado Juan Ginés de Sepúlveda hasta el tipo que mañana nos llorará en la Prensa con acento de Cánovas que esto no tiene remedio, para verificar que nuestra hipótesis también resiste las comparaciones más ilustres. Porque, en definitiva, tan «científico» resulta afirmar que España entró en declive por

LA CHAPUZA NACIONAL

culpa de la constante chapucera, como hoy sostenemos, que asegurar que la debacle nacional se produjo en razón del africanismo de los iberos primitivos, el germanismo de los Austrias tardíos, el clima (quiero decir el clima propiamente dicho, el atmosférico que tanto preocupaba a Feijoo y Masdeu), el contagio europeo, la heterodoxia, la promiscuidad racial, el complejo del Cid, los moros y los judíos, el toro, la picaresca, las masas huérfanas de minorías, la decadencia de los héroes, la hegemonía de ciertas partes de la Península, la falta de sangre aria o la manía que por ahí fuera nos tienen: que de esta calaña teórica son las interpretaciones históricas o genesiáticas que se manejaron y todavía se manejan, no en la más completa impunidad, sino con todos los predicamentos y honores académicos.

Ya tenemos situada la hipótesis de la chapuza nacional en la rebotica de las grandes interpretaciones diferencialistas de nuestro complejo yo histórico, y sin desmerecer en casticismo, intraducibilidad, raza, pesimismo, originalidad, patriotismo y ciencia del resto de las demás mercancías teóricas al uso. Ahora sólo queda hacerla arrancar sin complejos, y como siempre ocurre en estos menesteres, demostrar que es hipótesis capaz de reducir de un plumazo a todas las demás.

Remiendos, parches y cataplasmas

Ahí quería llegar yo. A demostrar que con esta línea de la chapucería,

extrañamente inédita en los anales de la gran mayoría literaria española, se puede hacer un *travellin* glorioso y reductor por la mayor parte de las famosas interpretaciones habidas. Porque cuando desde el siglo de oro hasta ahora mismo la tropa de humanistas dolientes denuncia la ociosidad, el genio improvisador de la raza, los ideales anacrónicos imperiales, el espíritu de picaresca, el apasionamiento racheado, la autarquía religiosa e intelectual, la incapacidad para la ciencia y la filosofía (recordemos las preguntas de la famosa polémica levantada por el artículo que la *Enciclopedia* dedicó a España, firmado por Masson de Morvilliers: «Pero, ¿qué se debe a España? Y en dos siglos, en cuatro, en diez, ¿qué es lo que ha hecho por Europa?»), la mezcolanza de culturas, el quijotismo, el desastre colonial, la incapacidad vertebradoras, el desbarajuste económico, político y social, los remiendos constantes y sonantes en la idea de Estado arcaico, la falta de un verdadero feudalismo, de un verdadero liberalismo, de un verdadero capitalismo, de un verdadero socialismo...; cuando esto se dice a modo de interpretación generalizada, y se ha dicho bastante más crudamente, se está aludiendo sin duda al concepto de chapuza. Porque chapucería, en rigor, es eso mismo: improvisación, falta de profesionalidad, incapacidad para concebir o terminar un proyecto, utilización de materiales de segunda mano o de ocasión, la ausencia de un concepto global de la realidad, el recurso de la cataplasma de sor Virginia como remedio, el hágalo usted

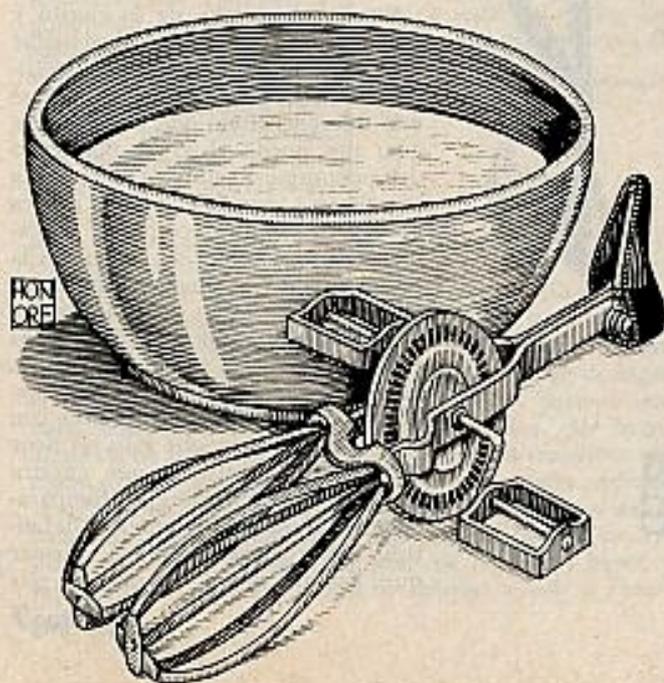
mismo, la provisionalidad, el vuelva usted mañana, el lo mismo da, el que inventen ellos, la incertidumbre como meta, el fingimiento como principio, la incompetencia como método, la intuición como ciencia y el mito del carácter nacional como coartada para evitar odiosas comparaciones.

Es suficiente con ponerse las gafas chapuceras, los quevedos, pa-

ra leer con esa nueva óptica los textos de Gracián, Saavedra Fajardo, Navarrete, Sancho de Moncada, Las Casas, las apologías de Quevedo, Forner o Antonio José de Cavanilles, las explicaciones farragosas de Cadalso, Llorente, Martínez Marina, Adolfo de Castro, Blanco White, Usó del Río, Castelar, Pompeyo Gener, Gumersindo Lavergne, Núñez de Arce, Revilla, Costa... para sólo citar ahora algunos autores que aún no habían sido nombrados aquí y que vienen a repetir lo mismo que los otros. Se roza, se acaricia, se ronda la idea de la chapuza nacional, pero que yo sepa no se la menciona explícitamente y en ningún caso es utilizada como hipótesis de trabajo. Pero es obvio que tanto en las opiniones dominantes pintorescas acerca de nuestra decadencia, desde las que hablan del genio improvisador de nuestra raza hasta los juicios de esos nuevos «doceañistas» que andan a la búsqueda de otra Inquisición para justificar su falta de ideas, como en los libros de esos literatos de prestigio que se dedican o dedicaron *full time* a esta curiosa industria, se corteja inconscientemente la interpretación chapucera.

Entre la miseria y la genialidad

Basta analizar someramente las grandes polémicas culturales para encontrar en todas ellas la constante idea de España como chapuza, es decir, como pueblo que no ha sabido incurrir en normalidad por falta de «profesionalidad histórica», digámoslo así. Es lo que se discutía en la época de Forner y Masson, de Feijoo y Masdeu, de Gumersindo Azcárate y Menéndez y Pelayo, de Costa y Pica-vea, de Cánovas y Cambó, de Unamuno y Ortega, de Sánchez Albornoz y Américo Castro. Uno de los bandos en lid, no siempre el derrotista, aducía en la discusión los rasgos chapuceros del pueblo español como prueba de la decadencia, mientras que el otro utilizaba esos mismos rasgos para argumentar la genialidad. Que si la improvisación, la bastardía, la inconstancia, la alegría de carácter, el casticismo, la vehemencia, la irracionalidad, lo visionario, lo espiritual, el espontaneísmo, la autosuficiencia, lo mítico, la inconclusión o la inconexión. Tal parece que están recitando nuestras glorias literarias la lista completa de las voces sinónimas y afines de chapuza. Si aplicamos aquella útil





regla de la sustitución enunciada por el gran Juan de Valdés, si colocamos el término chapuza en lugar de las famosas palabras cumbre manejadas como interpretaciones brillantes, comprobaremos que nada cambia en los razonamientos. España invertebrada, inacabada, aislada, intuitiva, mezclada, improvisada, desmembrada, híbrida, apasionada, castiza, diferida... *España chapuza*, para ser precisos, y con la venia de Ortega, Unamuno, Castro, Marañón, Albornoz, *et alii*.

Y si de las glorias intelectuales descendemos a los llantos numerosos de ahora mismo, el truco resulta apabullante. No creo que exista en el diccionario otra palabra más matemática que la de chapuza para adjetivar la transición a la democracia, la redacción del texto constitucional, los programas de los partidos la estructuración de las autonomías, el intento de Tejero y compañía, el consenso que no cesa, esa retórica siniestra de la disuasión permanente, de

tan útiles resultados para favorecer el continuismo y lograr el anonadamiento de la pluralidad, el problema de la investigación científica, la enseñanza, el parcheo económico, la dependencia tecnológica, la defensa del consumidor, la colza, las centrales nucleares, la ecología, la ley electoral, las crisis gubernamentales, RTVE, la televisión privada, la LOAPA, la ley para la defensa de la democracia, el juego de la OTAN y un montón de puntos suspensivos políticos, sociales, económicos y culturales que cualquiera puede rellenar en honor a sus innegables cualidades de chapucería, pasteleo, atropellamiento, tosquedad, barullo, fulería, parcheo, remiendo, provisionalidad o *bricolage*. Hasta el punto de que leyendo lo que por ahí se escribe o sermonea del momento es muy difícil precisar si vivimos en un constante estado de chapuza o bajo una chapuza de Estado. Asunto que también explica satisfactoriamente esos ramalazos de genialidad que deja boquiabierto al mundo, como por

ejemplo el haber llegado sanos y salvos aquí, a 1982, contra todo pronóstico y sobre todo, contra toda esa literatura pesimista que no calla desde el siglo XVI. Un ramalazo, o sea, como los del Quijote, la picaresca, Goya, la mística o Picasso, de los que confirman la regla de la excepción nacional.

El pensamiento salvaje

Pero si en el terreno de la *empíria* la hipótesis de la chapuza es competitiva con todas las demás; de idéntica categoría «científica» que cualesquiera de las famosas dominantes, agobiantes, incluso 100 veces menos metafísica si hacemos excepción de la de *cochambre*, en el plano de la *teoría* antropológica arrasa, dicho sea sin modestia alguna. Porque la chapuza es una actividad que no pertenece al universo de la ciencia moderna, sino de la primitiva, que se sitúa entre la historia y la prehistoria, más próxima de la mentalidad prelógica que del pensamiento industrial. No es casualidad que Levi-Strauss hay utilizado la tercera acepción de chapuza —o sea, el *bricolage*— para ilustrar brillantemente su teoría de la distinción entre el conocimiento mítico y el científico. Según Levi-Strauss, el *bricoleur* o *chapucero* es un ser capaz de ejecutar un gran número de tareas diversificadas; pero a diferencia del ingeniero, «no subordina ninguna de ellas a la obtención de materias primas y de instrumentos concebidos y obtenidos a la medida de su proyecto: su universo instrumental está cerrado y la regla de su juego es siempre la de arreglárselas con *lo que uno tenga*». Es decir, emplea materiales finitos, heteróclitos, de segunda mano u ocasionales; manejando los residuos de construcciones y de destrucciones anteriores, «construye sus palacios ideológicos con los escombros de un antiguo discurso social.» No tiene un proyecto definido el chapucero, de ahí la aleatoriedad de su instrumental, la continua improvisación y experimentación y de ahí también que no tenga necesidad de un equipo y de los saberes acumulados por la civilización. Es la suya, por tanto, una actividad *mitopóica*, y como ocurre con la reflexión mítica, a veces puede alcanzar en el plano intelectual resultados brillantes e imprevistos.

«Se sentiría uno tentado a decir —continúa Levi-Strauss— que (el ingeniero) interroga al universo, en tanto

LA CHAPUZA NACIONAL

que el *bricoleur* (el chapucero) se dirige a una colección de residuos de obras humanas, es decir, a un subconjunto de la cultura». La ciencia, por entero, se ha construido apoyándose en la distinción de lo contingente y lo necesario, por tal razón las cualidades que, en el momento de su nacimiento, hacía suyas eran *exteriores*, no formaban parte de la experiencia vivida, y extrañas a los acontecimientos. Pero lo propio del pensamiento mítico y de la chapucería «consiste en elaborar conjuntos estructurados, no directamente con otros conjuntos estructurados, sino utilizando residuos y resto de acontecimientos; *odds and ends*, diría un inglés, o, en español, sobras y trozos, testimonios fósiles de la historia de un individuo o de una sociedad» (C.L.S. *El pensamiento salvaje*). En fin, el pensamiento mítico, al igual que la actividad chapucera, es incapaz de construir nuevas ideas o formas, siempre está dando vueltas y más vueltas a lo existente, remendándolo, parcheándolo, sin apenas modificarlo; incluso destruyéndolo para volver a construirlo a partir de los escombros, de los materiales de segunda mano, como dice F. Boas, otro antropólogo: «Los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados, para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos.»

Sería redundante seguir estirando la analogía entre el pensamiento mítico y la actividad chapucera. Incluso sería demagógico, de pésimo gusto para con el resto de las hipótesis y señores aquí mencionados. Sólo pretendía mostrar que funciona la teoría de la chapuza como interpretación de esto. Mejor dicho: que funciona con la misma solidez y fluidez que cualquier otra de las que tanta fama, honores y polémicas han merecido. Todo lo cual no quiere decir, como se comprenderá a poco que se tenga un gramo de sentido del humor, que yo pretenda vender como *verdadera* esta hipótesis; ni siquiera intento plantear la teoría de la chapuza nacional más allá de lo rigurosamente literario y metafórico. Lo único que afirmo, eso sí, y con la mayor seriedad rotunda de la que soy capaz, es que toda esa vasta literatura de siglos y lágrimas que suscita el problema de España como problema es el mejor ejemplo gráfico que puede ofrecerse de la actividad chapucera. Naturalmente, la mejor manera de demostrar esto que digo es firmando el más chapucero y cochambroso artículo sobre el asunto.

J. C. Ilustraciones de Honoré ■



BAUTISMO DE MOROS EN GRANADA (AÑO 1499). El arzobispo Talavera iba realizando con dulzura, en Granada, la conversión de musulmanes; pero los intransigentes eran partidarios de obligarles a bautizarse sin delación, siendo el cardenal Cisneros de quienes abundaban en este parecer, y a la mentada ciudad se le envió para que ayudara con la predicación a Talavera, logrando convertir de momento a muchos, hasta el extremo de que hubo ocasión en que se recurrió a la aspersión para bautizar a la multitud.

GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

EDUARDO HARO TECLEN

HUBO una vez un país que mantuvo una guerra de ocho siglos para reconquistar lo que creía ser su propio territorio. Durante ese tiempo se formó una poderosa y valiente clase guerrera; y una abundantísima clase religiosa, porque a la guerra de reconquista se le dió el valor de la fe. En torno a los señores de la guerra se formaron cortes, aristócratas que alentaban a los guerreros y sostenían a sus damas. Las gentes del pueblo formaban las menadas que acudían unas veces al servicio de la guerra por huir de las faenas domésticas y de sus engorrosas familias, otras veces llevados por las levas forzosas. Había también una gran abundancia de poetas, trovadores, músicos y teólogos, que cantaban unos las excelencias de los guerreros, y desmenuzaban otros las pruebas indubitables de que estaban en la verdadera y única religión posible.

Cuando terminó la larga guerra, los grandes señores se repartieron las tierras conquistadas por sus manos, y con ellas a los enemigos que no habían podido huir. Las fueron muy útiles: sabían trabajar, y sabían los oficios y las ciencias. Los vencedores podrían seguir dedicándose a la guerra, a la religión, a la teología y al cántico. El problema de la guerra era

engorroso: no había ninguna próxima. Entonces un navegante al que habían contratado encontró unas tierras nuevas donde felizmente la única y verdadera religión era desconocida: eran enormes y bastante pobladas. Esto atrajo inmediatamente a los guerreros y a los religiosos, con la idea de que algunas riquezas que pudieran encontrarse allí compensaran, al menos, sus esfuerzos misioneros, que a veces requerían matanzas de los que se resistían a la verdadera iluminación, o vivían en tal error que suponían que sus riquezas, sus mujeres y sus tierras podrían valer más que el mensaje de la verdad. Por si el esfuerzo no era suficiente en los países aledaños brotaron también problemas, dudas, discusiones religiosas, que reclamaron una vez más su generosidad de intervenir.

Mientras tanto, en el país continuaban trabajando e investigando, o sea, dedicándose a cuestiones menores, cotidianas y sin ninguna grandeza, los antiguos conquistados y sus descendientes. Entonces los expulsaron o los quemaron vivos, en beneficio suyo: porque seguían manteniendo una fe equivocada. Muchos huyeron, murieron otros; los que pudieron se convirtieron a la fe de los vencedores, que no siempre se fiaron de que esa conversión fuese desinteresada. Muertos, huidos o conversos, los trabajado-